

La Literatura colombiana desafía a la imaginación.

Paro del supuesto de que el optimismo es de por sí mal visto entre los académicos que no tardan en juzgarlo ingenuo y excesivo. La literatura colombiana, quiero decir la particular de Colombia como nación en vías de constituirse, nació hace mucho más tiempo del que se cree, simplemente porque es literatura heredada de la española y no tuvo que inventarse sino que fue simplemente una vertiente más de la que ya había nacido, con todas sus características primordiales, muchos siglos antes. Su definición y su particularidad remiten a la definición misma del ser colombiano: acaso *un acto de fe*, citando a un Borges ya mil veces citado, era también expresión de una fe *pequeña y frágil*.

Porque la conciencia de lo propiamente colombiano aun se demora en aflorar con plenitud, como si surgiera muy lentamente del fondo de un lago. Gente que habla en español, desde mucho antes de llegar a su tierra. Gente ansiosa, llena de recovecos, de desconfianza, de envidia quizás. Gente que quería ser oída, pero sabía que eso era poco corriente. Lo más profundo es la imperiosa *necesidad de escribir*, de narrar cosas que sin embargo eran fruslerías, o al menos concebidas como tales; esa ansia, que se pierde en la naturaleza problemática y no declarada del origen, porque somos lo que somos desde antes de saber qué éramos y de viajar sin destino y de llegar a Colombia, es la fuerza inicial de la literatura colombiana. Siempre se conservara ese tono de reclamo es especie de orgullo herido que hay detrás de cada autor en su vida y en su obra. Un dejo de desconsuelo invencible, como el de Silva, o el de Héctor Rojas Herazo, para citar solo casos extremos. De rabia y *desazón suprema*, como el de Vallejo, de nostalgia como el García Márquez, de desencanto febril como el de José Eustacio Ribera o Mejía Vallejo, o De Greiff. Nadie puede remontar una colina tan alta, al menos no en una generación, entre otras cosas porque nadie ha querido hacerlo en realidad.

Escribir es pues, para nosotros, una cierta manía. Un oficio alterno, lleno de sinsabores y soledades, más que de auténticas satisfacciones. Hay quienes escriben desde siglos antes de ser llamados colombianos, o llamados de alguna manera; eran en casi todo punto escritores de la cepa hispana que escribían desde la remota "Tierra Firme", o luego desde la Nueva Granada, como Rodríguez Freyle en su "Carnero", evocador de una España en vía de desaparición, o como la monumental elegía de varones ilustres de indias de Juan de Castellanos. En efecto, producir mala literatura podía ser, pero con tal de que fuera muy, pero muy hispánica. No sabemos ser de otra manera: no somos los que estaban somos los que vinieron y trajeron su lengua y su religión y sus taras y su nostalgia de una España a la que no podían volver.

Incluso hasta el siglo XIX. El aislamiento geográfico produjo un congelamiento en los cánones del siglo de oro, o los del barroco español. Aun los escritores del siglo XIX como Isaacs, Carrasquilla y Vargas Vila tienen un acento profundo del

clasicismo hispánico; no españoles, porque les falta fe para creerse descendientes legítimos del espíritu que habían heredado, pero si hispánicos llenos de nostalgia, escriben como creen que será mejor para que en Europa alguien lea, algún día, porque los que leen desde su tierra no cuentan realmente. No lo hacen todos bien, y lo saben. La vida no suele ser justa: además de todas las desigualdades materiales, tampoco se reparte bien la belleza, ni el talento, ni la gracia. Los desequilibrios en esos puntos son tales que asombran a quienes pretenden inútilmente democratizar los espíritus. La contundencia de ese hecho lo atraviesa todo en la literatura, como una lanza brutal.

En fin, así se escribía, porque así se vivía, y así mismo se enseñaba y se aprendía a escribir. Se era en todo punto canónico, incluso aunque los criterios estéticos fueran viejos y obsoletos, un realismo marcado por tintes románticos o un romanticismo aclarado por vetas realistas, pero nunca más allá. Es el caso de un Jorge Isaacs, criollo y judío, hijo de dos sangres incrédulas, como dijera también alguna vez Borges, citado por RH moreno en Denominación de origen.

El siglo XX cambio la cosas, y muy radicalmente. La urbanización, las ideas políticas republicanas y el contacto con pueblos y valores distintos de los del mundo hispánico, pero sobre todo la universalización de las primeras letras en las remotas escuelas del territorio multiforme, trajo la literatura del mundo a Colombia, que fue llegando por tandas, desde diversos puntos cardinales, desigualmente, con énfasis en la europea del siglo XIX, y en donde la española ocupó claramente un lugar secundario.

Los modelos literarios los géneros, las estéticas, y las discusiones sobre estéticas, llegaron a Bogota desde Argentina, Gran Bretaña, Francia y Alemania y de modo muy misterioso desde Rusia, y así marcaron con fuego a los escritores del siglo. No era que no se hiciera nada propio, era que era poca cosa y visto como poca cosa, y además, la convicción de que no se hacia bien, porque no había experiencia, ni suficiente audacia, ni contenido, era opresiva. La vida provinciana, la pobreza y la falta de horizonte eran sentidas como patéticas, incluso en gentes brillantes, ya muy dedicadas al oficio de escribir. Anhelos desmedidos, podría decirse. García Márquez es un fruto de ese impulso feroz y Mutis es otro, bien distinto, pero motivados por el mismo movimiento pendular: saltar al mundo por fin, ser universales, desvergonzadamente, dentro de las raíces y las fronteras del alma propia de un colombiano. Caído en el mundo para reconocerse allí, y reconocido justamente por no saber reconocerse bien.

Luego llego, de forma muy acentuada, esa mezcla asombrosa que ha dado en llamarse literatura norteamericana, que es un poco irlandesa, un poco italiana, un poco eslava, un poco judía y un poco africana, con todo lo demás que sea posible imaginar. Nosotros, los de aquella nación eternamente en ciernes, siempre miramos anhelantes, buscando un horizonte hacia donde mirar, como lo hacen todos los que no saben con certeza qué es lo que han llegado a ser.

La literatura colombiana de la última hora

Y el siglo XXI viene con el ímpetu de seguir tentado por el mundo, hasta rehacer todo el campo. Las vanguardias pululan, y hacen lo suyo, dejando huellas de gran calado en muchos. Lo primero debe ser decir que es obvio que el presente es multiforme y abigarrado. Muchos escriben a la vez, como dardos lanzados al azar. Tozuda rebeldía y penosa ingenuidad se reúnen en las ganas de negar lo anterior, lo que otros han hecho antes, solo porque ya está hecho.

Primero que nada, los poetas, que son siempre en literatura los más antiguos y polémicos. Ellos han hecho el río, los narradores, tan sólo las riberas. Uno de los aspectos más interesantes de la literatura colombiana contemporánea está vinculado a la poesía: si cambia la poesía cambia en verdad el conjunto de la literatura. Y esta poesía está cambiando, aunque nunca se sabe con exactitud que tanto, ni hacia donde, porque no cambia en una sola dirección.

La cosecha no se detuvo más en los setenta y ochenta, por suerte, porque ya estaba pariendo deplorables engendros. Muchos nuevos poetas hay hoy que poseen una estética propia y sensitiva, a pesar de estar muy "en el mundo", parece enfrentarse al pragmatismo reinante y vulgarizador: temas universales tratados con acento nuevo: la intuición del instante, la sinrazón, la derrota, la belleza a la vera de una angustia largamente soslayada, la incompreensión, son temas recurrentes en la poesía de hoy, y una lucida contemplación de un pasado espiritual sin tinte nostálgico, sino como el escenario de lo ya vivido, de lo simplemente acontecido, etc. Un pasado espiritual que ya no puede ser reconstruido, una retórica poética en plena desbandada, una suerte de "poesía de los tiempos difíciles" está naciendo hoy por hoy, y *resonando* como debe hacerlo todo arte que impacta en el centro de la esfera de la vida. Hay poesía desesperadamente mala también que no pega a nada, ni dice nada, revuelta con la que si conmueve, y despegar una de otra no siempre es fácil.

Lo singular en la poesía de hoy radica en que huye del embrujo de la tradición justamente, y con el de las desgastadas declaraciones de principios propias de tiempos pasados, de los panfletos y de los recorridos espirituales propios de alocados nadaistas y de sus compadres, todos ellos fieramente entrometidos en y al oficio de poetas, y que produjeron una penosa banalización de todo un género. Un juego cruel de desgaste lleno de tragedia y de melodrama pero en últimas mucha muy mala poesía, toda dañada, como injerto de un tronco enfermo.

Y es que la calidad literaria no puede medirse por la cantidad producida, que de por sí siempre ha sido grande, quizás excesiva, sino por el impacto que deja lo que es considerado mejor, lo más digno de ser mostrado o recordado. La poesía colombiana salió del marasmo, y ha alcanzado importantes alturas no solo por el

hecho de que obtiene premios internacionales, que es una forma de legitimación bastante malsana cuando es la única, sino porque circula entre la gente joven y se publica con relativo éxito por vez primera en muchos años. Se ha liberado de antiguas cadenas retóricas y de cortapisas pesadas, con lo que parece tener muchos temas y muchos tratamientos inesperados, y da una sensación de frescor muy digna de mérito. La verdad que hay en ella, casi inefable de lo honda que es, se trasluce en muy sentidos libros y muy conmovedores versos. Eso es lo que cuenta.

La prolija narrativa

Es la narrativa actual, como se ha pretendido, un retrato de la realidad colombiana? Es mejor decir que no, porque tal realidad, en su conjunto, es simplemente inabarcable. Es más bien un retrato de los colombianos que pretenden retratar, o deformar, tal realidad. Eso sí es, y muy justamente; es aleccionadora en su conjunto variopinto, porque muestra como ven el mundo los colombianos de hoy y que cambios registran en su óptica, burda o refinada, descarnada o esperanzada, de tal mundo. Muestra sus aspiraciones, sus orígenes y contradicciones, deja ver cuáles son sus prioridades y hasta las falencias que lleva dentro como algo propio, profundo, imposible de desasir.

Sobra decir que es urbana, no solo porque trata sobre la ciudad sino porque es escrita desde la ciudad, ya no hay campesinos y toda referencia al campo es imprecisa, propia de quien no ha sido campesino en absoluto. La narrativa actual es expresión de esa cadena ininterrumpida de cambios en la sociedad que están teniendo lugar todo el tiempo, y todos al tiempo. Reflejo del ámbito político, cultural, económico, tecnológico, estético en general y por tanto, ético: una mutación largamente anunciada pero de todos modos inesperada para los que inercialmente creían que el mundo nunca cambiaría.

Hay bastiones e hitos, imposibles de eludir. Cosas obvias tal vez, pero marcadas en la sangre, recursos fundacionales. Presupuestos de la literatura colombiana que no cambiarán nunca. El primero es el apego -inconsciente pero poderoso- a la lengua estándar española, tal y como creemos que es- o que debe ser. La que nos enseñaron las madres, seguras de estar enseñando a hablar bien. Colombia es el país de habla hispana con más evidentes signos de vigilancia lingüística, y cuyas clases sociales son esencialmente clases lingüísticas. Es evidente que esa lengua de eternos exiliados de España es el eje implacable de la literatura colombiana, porque su trazo es tan hondo que no parece evidente, y porque ninguna otra ha tenido una importancia real en su historia, al menos hasta hace muy poco tiempo (hoy las cosas empiezan a cambiar, y el inglés, por ejemplo, que es la "segunda lengua nacional" y la obsesión de la juventud, cumple un vigilante papel de invasor potencial que sabe de su fuerza).

Sin embargo, es cabal decir que desplazar al idioma nativo es muy difícil, aunque cambie mucho en el futuro, porque el español de hoy, híbrido sin duda, adquiere sin cesar nuevos bríos como expresión de desafío geopolítico frente a la anglofilia universalizante.

Como se escribe hoy la crudeza de la realidad, sin ser pedante. El papel de la imaginación en la literatura actual ha sido mutado. Lo real no es ya maravilloso, sino el correlato de una "desfascinación" por lo real que conlleva el escarnio de vivir en tiempos feos, grises, poco convincentes. Colombia, como el mundo mismo en su conjunto, pasa por un periodo de desaprensión, de fervoroso escepticismo. Casi toda la literatura colombiana de hoy se hace para el exilio o en el exilio. Desde fuera y para que se lea fuera y se reconozca como colombiana. Marcharse, o *tener que marcharse*, son metáforas recurrentes en ella. Querer largarse a ver el mundo: he ahí tal vez la verdad desnuda. Sin embargo, es todavía una literatura de la evocación y de la nostalgia. Se diría que los escritores se van par tener que desear volver, reinventarlo todo, o al menos mitificar su partida, y anhelar lo perdido con ojos velados en lagrimas. La ausencia como eje de lo escrito es una constante y un tema no trivial en el decurso de su oficio. Los narradores no son habitantes, sino nómadas; estar de paso eternamente es para ellos estar plenamente.

Los seres que escriben rompen ruidosamente sus vínculos con el pasado, para afirmar luego que es necesario, y urgente, renovarlos. Observan todo con ojos extrañados y exageran todo también, con cáustica ironía y aterradora frecuencia. La manía hiperbólica ha tenido en ellos correlatos peligrosos en el sobrecargado hiperrealismo colombiano, como es ya costumbre en el citado Fernando Vallejo.

La premisa es la siguiente: no importa como, lo cierto es que hay siempre mas que decir, mas que escribir, mas que acotar, ya que la fuente nunca puede agotarse, incluso al precio de hacer cosas muy malas con la esperanza de que algún día la semilla madure, y cuaje la grandeza. Hay que seguir, que algún día de estos tendremos la recompensa. Retratando lo mismo, usando la misma masa y el mismo pegamento, y pretendiendo hacer sin embargo obras completamente nuevas. Se escribe con pasión, con método, con técnica depurada, pero sin una motivación efectiva, ni un propósito establecido. Se escribe mucho porque se cree ciegamente que eso tiene que bastar.

Así, todo lo contrario de *sesudamente*, se ha construido lo que llamamos la nueva literatura social. La exageración, la misma de siempre, pero vestida con trajes académicos, ya científicos o periodísticos, ha entrado al ataque. Es manifestación de rebeldía, pero controlada, de insatisfacción, pero no profunda, de desanimo si, pero nunca de verdadera desesperación. La literatura de hoy, la de la "clase media urbana", que se ha acostumbrado a una vida cómoda y relativamente sosegada, pero que se siente un poco culpable por "lo duro de la situación social" es una

declaración de fe apasionada, aunque no quiere parecerlo, en "una patria mejor". Una toma de posición política relativamente superflua, critica, o en estado critico, como suele decirse pero superficial y sin embargo manida, una dolorosa caída recurrente en el lugar común.

La constante referencia, oculta o manifiesta, al escenario político hizo pensar que esa era la única *literatura sincera* posible, sin solución d continuidad. Este tono, patético en tanto casos, agrietado en otros, hace que haya detrás del tejido llamado plenamente literario una cierta denuncia frente a la ceguera, reproche por negligencia frente a la presunta conspiración de que seríamos víctimas por creer en el futuro. Esa exasperada visión es, por ejemplo, el eje de la polémica creada por la generación anterior frente a lo propio de Colombia: el atraso, la arbitrariedad la violencia. Negar tales cosas es absurdo, pero afirmar tan solo esas cosas es igual de absurdo y aburre.

El narrado social promedio usa la técnica pertinaz del pájaro carpintero: una insistencia atroz. Una cierta paranoia y un ritmo de predicador, de profeta exasperado, clamor en el desierto de implacable revelador de verdades, expresadas tajantemente, con brutalidad, o sugeridas y puestas en escena por medio de mal disimulados eufemismos o con un dejo de sarcasmo dolorido, son las estrategias de esta compulsiva literatura social. Se auto complace y se justifica por lo que *esta pasando*, y no por lo que ella logra en el escenario propiamente literario, ni porque persiga algo en concreto. Llena páginas y páginas de repeticiones y formulas, y encuentra siempre la misma respuesta: al menos alguien lo dice, alguien esta despierto y denuncia nuestra miseria.

Ha nacido la profesión de escritor

Una literatura que maduro sin críticos, que era propicia a los interminables elogios mutuos, a la condescendencia mas descarada, y que se veía a si misma como una *rosca de roscas*, por la tradición campechana de ultra étlicas camarillas literarias de ciudad intermedia, ha dado paso a otra de escritores aislados, huraños, pedantes solitarios desterrados de las conversaciones de café, intelectualizados y llenos de niebla, que publican desde lejos como estrellas fugaces, inasibles nombres, rostros distantes, jamás encontrados por fuera de las librerías. Seres que dan la cara una vez al ano, y solo en la feria respectiva, como delanteros de equipos caros en temporada de exhibición.

Eso son los escritores colombianos de hoy, fuertes e impecables en aspectos técnicos, y hábilmente minuciosos en su estilo externo, así como en la lectura que muchos hacen de si mismos, pequeños demiurgos con egos inmensos; esa fortuita calamidad no seria grave si no se lo creyeran, si en el fondo sospecharan que todo ese ropaje provinciano es solo un disfraz de carnaval; lo grave es que parece que si se lo creen. Su mision es sagrada, incluso plagados de escépticos reparos.

Sobre Colombia, desde Colombia, la nostalgia y el exilio actúan como morteros literarios de las muchas novelas que hoy se producen. Hay un ritmo febril y los herreros están todos los días en sus yunques forjando obras a todo vapor. La imagen sugerida es la un taller de artesanos lleno de actividad y de humo. Pero no alegremente, ya que se les escapan lamentos allí, y por tanto se siente que algo grande esta pasando, pero en el fondo no esta pasando nada importante. Al menos no todavía.

El exilio es en el nuevo escritor social elegido y voluntario. Incluso aunque se quede en su país es un exiliado, un sobreviviente. También esta el escritor intratable, indescifrable, el aventurero que se ocupa de otras cosas. El humilde artesano del lenguaje. El existencialista, el exégeta. El psicólogo. El declarante que se siente jugándose todo, un valiente suicida con sus acusaciones altisonantes. Acusar y recusar son lugares comunes, exigir, pedir cuentas, sacar en cara, desafiar hasta el delirio. Expresión de una literatura francamente adolescente. El escritor social sabe de astucias. Criticar si, pero no criticarse. Su valentía tiene límites, sin embargo. Le encanta hallar culpables, pero no alternativas: tener que perdonar, pero con condición, y sin convicción; sobre todo, jamás proponer nada, porque el redentor siempre sale sacrificado'

La narrativa tiene en efecto, a la ciudad como escenario Los imaginarios del rock o del reggeaton, de la taberna al barrio pobre. Lo vulgar adquiere la vieja categoría sublimada, en una suerte de tremendismo del Pascual Duarte de Cela, pero a la colombiana: nada tiene salida, todo es una ilusión perversa. Engaños viles, conspiratorios, se tejen en todas partes, todo el tiempo. Lo reivindicatorio indigesta el tono literario como nunca antes; hasta lo que pretenden escapar caen en el barro de su influjo; lo políticamente correcto, lo respetable, lo ecológico, lo respetuoso del género (femenino), lo progresista, todo viene detrás en ruidosa procesión. Y la ciudad como nicho, como trampa. Como metáfora d lo terrible, de lo fatal, de lo anegado en desdicha y aislamiento, como infelicidad viva y vivida. El conflicto como tema o el conflicto armado como contexto literario.

No hay que quitarle la vida que implica, la entrega casi inaudita que muestra, pero en medio de un gran desorden. El desafío a la imaginación radica en que aun no se comprende, ni se levanta por sus propios pies, tiene a cuestas convicciones y glorias tempranas y cree que esas glorias le prometen otras.

La cuestión de la novela colombiana ha dado vueltas y vueltas. Tener qué decir y tener que decirlo. Saber decirlo, en cambio, es la cuestión de la estética de la novela contemporánea. Estamos en la zona gris en la encrucijada pero nadie sabe en verdad cual camino tomar; incluso hay quienes predicán el no tomarlo en absoluto.